

El discreto encanto de George Santayana

Fernando Savater

La historia de la filosofía guarda memoria de pensadores furiosos o arrebatados y otros apacibles. La nómina de los primeros es la más ilustre, porque la encabeza el mismísimo Platón y en ella no desmerecen Pedro Abelardo, Schopenhauer o Fichte. La furia a la que me refiero no es desde luego destructiva, sino creadora; nada tiene que ver con el mero dogmatismo ni siquiera con la descortesía frente a los adversarios ideológicos, sino con la intensidad puesta en el mensaje. Por tanto no es cuestión de contenidos sino más bien de tono: las exhortaciones vitalistas de Guyau son amablemente plácidas, mientras que Heidegger parece *conminarnos* a la serenidad. Es indudable que los furiosos, llevados por su celo, nos han revelado más conceptos, quizá incluso demasiados; los otros, cuyo mentor prototípico puede ser Epicuro, practican filosofías astringentes o lánguidas, de menor impacto o más reducidos recursos teóricos. Los primeros han conquistado con más fuerza la audiencia de sus contemporáneos y de la posteridad, los segundos parecen haber guardado mejor su vida. A George Santayana se le puede clasificar sin demasiadas vacilaciones entre los pensadores contemporáneos más apacibles, discretos o –según prefiere decir uno de sus estudiosos recientes, Noel O' Sullivan– como un filósofo de la modestia.

¿De dónde proviene esta modestia? De un par de convicciones básicas y complementarias, de índole netamente filosófica. Antes de mencionarlas, recordemos otra vez cómo son reconocibles las convicciones filosóficas: derivan a través de intuiciones explicables del razonamiento basado en la experiencia, no se transmiten por impregnación cultural o ritos colectivos sino de persona a persona y tienden más bien a simplificar la frondosidad mitológica que compartimos en lugar de aumentarla. Pues bien, los dos mojones teóricos que acotan la perspectiva de Santayana son estos, dichos con sus propias palabras: en primer lugar, que “vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático”; en segundo lugar, y en parte explicando lo anterior, que “tal como la principal preocupación del cuerpo animal es defenderse y propagarse a toda costa, así la principal y más duradera ilusión del espíritu es la ilusión de su propia importancia”. El dramatismo que estremece y caracteriza nuestra forma de habitar el mundo –melodramatismo las más de las veces, oscuro y sobrecogedor, pero en otras ocasiones drama heroico y triunfal o comedia jubilosa– no proviene de la

realidad misma, cuyos objetivos automáticos se encadenan sin énfasis superfluo ni incertidumbres, sino de la confrontación de nuestros proyectos y anhelos con la característica *crudeza* de lo real, esa indigesta terquedad cruel –muy bien señalada por Clement Rosset– que no se deja ablandar ni condimentar por la cocción simbólica a la que permanentemente la sometemos. El drama es pues la conmoción emotiva que nos provoca la indiferencia del mundo –indiferencia estricta, pues ante su funcionamiento necesario *todo da igual*– en lo tocante a las importantísimas demandas planteadas por nuestro espíritu. Frente a la indiferencia de la realidad mundial, la excepcionalidad del espíritu, que reivindica la diferencia irrepetible de sus designios conscientes. Su lamento contrariado o su grito de triunfo resuenan en un ámbito siempre ajeno a la carga patética de tales sentidos, pues la protesta de la discontinuidad individual no obtiene eco en la continuidad sin fisuras del universo.

Esta actitud megalomaniaca del espíritu humano (que en mucha menor medida apunta ya en los restantes seres vivos) es algo así como una forma de locura, aunque quitando a este término su connotación morbosa y por tanto de excepcionalidad frente a la saludable normalidad. Por el contrario, se trata de una locura normal, inevitable, un rasgo distintivo de la existencia animada: “La locura es parte inseparable y a veces predominante de la vida: todo cuerpo viviente es loco en la medida en que está interiormente dispuesto para la permanencia cuando las cosas que lo rodean son inestables, o está interiormente dispuesto para el cambio cuando, siendo estables las circunstancias, no hay razón para cambiar”. Si esto le ocurre a todo ser vivo en cuanto tal, no hay razones para suponer que a los animales humanos vayan a irnos las cosas de otro modo: por el contrario, nuestra propensión a esta locura normal es aún mayor por ser más sofisticada. Sin embargo, la importancia cósmica que requerimos para los empeños de nuestro espíritu se aviene mal a este dictamen poco estimulante. Concedamos que muchas de las construcciones espirituales humanas son más o menos dementes: pero otras son grandiosas por su fuerza y su verdad. Bien puede ser así, admite Santayana, pero sólo desde nuestra perspectiva, subjetiva por tanto, no desde el imposible punto de vista objetivo de la realidad universal: “A los ojos de la naturaleza, toda apariencia es vanidad y mero ensueño, puesto que añade a la sustancia algo que la sustancia no es; y no es menos ocioso pensar lo que es verdad que pensar lo que es falso”

Recordemos que estas convicciones básicas no desembocan en una aniquilación de toda filosofía y en un pleno nihilismo conceptual, sino que sólo pretenden predisponer al pensador a un tono intelectual menos exaltado y ambicioso de lo que solía ser común entre los europeos filosofantes del siglo pasado. El mayor pecado de tales razonadores, sobre todo de los pertenecientes a la escuela alemana, fue según Santayana su egotismo. Es preciso distinguir entre “egoísmo” y “egotismo”, tanto en cuestiones de teoría cosmológica como sencillamente en el terreno moral. El egoísmo es la búsqueda de lo mejor para uno

mismo, tendencia lógica de cualquier criatura sana que resulta perfectamente legítima para Santayana, para Spinoza y para todos los pensadores lo suficientemente honrados como para no intentar avergonzar a los hombres de su condición; el “egotismo”, por el contrario, es la incapacidad tanto teórica como moral de tomarse en serio la realidad independiente, la genuina otredad del mundo y los seres que en él existen. Es el egotismo el que desemboca en los delirios idealistas, voluntaristas y colectivistas que tan funestas consecuencias han tenido desde hace un par de siglos en las ideas y las instituciones de los hombres. Por lo demás, mantenidos en los justos límites de lo que Santayana llama unas veces naturalismo y otras –más radical pero quizá más exactamente– materialismo, los productos de esa “locura normal” del espíritu no sólo no son desdeñables sino que constituyen el más noble pasatiempo de los humanos. Aunque desde una perspectiva cósmica esta tarea pueda ser prescindible, desde la nuestra –que después de todo y antes de nada también formamos parte de la realidad universal– tiene insustituible relevancia. Pero su importancia no está viciada porque modestamente debamos renunciar a los delirios de la omnisciencia egotista, sino que se funda más bien en esta morigeración y en la aceptación de una pluralidad irreductible de perspectivas válidas. “La función de la mente –afirma Santayana– consiste más bien en aumentar la salud del Universo, desde un punto de vista espiritual, añadiendo apariencia a la sustancia y pasión a la necesidad, y creando todas esas perspectivas privadas y esas emociones de maravilla, de aventura, de curiosidad y de alegría que la omnisciencia excluiría”. El universo permanece imperturbable, la realidad sigue siendo cruel, pero nosotros podemos alinear espiritualmente la porción universal a nuestro alcance, el reino de símbolos, esencias y anhelos en el que los hombres vivimos y merced al cual nos comunicamos.

¿Como conservar la función espiritualmente creadora en su mejor disposición, a resguardo de la desmesura egotista que los tiempos modernos parecen haber hecho crónica y que Santayana considera sin más rodeos como una nueva forma de barbarie? En primer lugar merced a la práctica del escepticismo, ese “voto de castidad del intelecto”. Pero también sin duda por medio del humor. La risa es algo así como la sal que impide que el espíritu se pudra por culpa de la megalomanía egotista. “Contra los males nacidos de la vanidad y del autoengaño, contra la verborrea con la cual el hombre se convence a sí mismo de que es la meta y el *acmé* del universo, la risa es la mejor defensa propia”. Esa risa que brota precisamente de la contraposición entre el dramatismo de nuestras vidas y lo no dramático del mundo en que discurren: la realidad es un perpetuo anticlímax de nuestro patético protagonismo cósmico. Nuestras pretensiones, nuestras convenciones tienen siempre algo de profundamente *caricaturesco*, que saben poner al descubierto los grandes humoristas como Cervantes, Shakespeare o Dickens. No quiere esto decir que debamos refocilarnos exclusivamente con la sátira de la locura humana, en primer lugar porque ya hemos visto que tal locura es normal y dentro de sus límites beneficiosa, pero también porque la actitud sarcástica tiene

siempre algo de amargura y de megalomanía contrariada. La existencia humana es juntamente tragedia y comedia: tragicómica; pero no alternativa o sucesivamente, sino a la vez. Los poetas trágicos son los más capaces de revelarnos esta ambigüedad. Edipo, Lear o Cleopatra –señala Santayana– son personajes de los que nos reíríamos a plena luz del día, tanta es su loca presunción, sus estúpidos caprichos y su contradicción con la más elemental de las realidades. Pero no les tomamos como simples caricaturas risibles porque el poeta sabe revelarnos lo serias que son sus penas, “tan reales y terribles como las penas de los niños o de los sueños”. Si nos internamos decididamente en la verdad poética del mundo, lo viviremos como una conmoción dramática cuya tensión va subiendo hasta lo trágico. Pero la perspectiva filosófica nos distancia un tanto del remolino pasional y nos hace recuperar la visión del contraste entre la escala humana y la escala cósmica, por medio de la sonrisa. Esta disposición humorística, rara entre los profetas, los visionarios, los reformadores radicales de la sociedad y también entre los profesores, permite a Santayana prescindir de algunas de las más comunes truculencias del oficio filosófico. Por ejemplo, en lo tocante a la denuncia de las mentiras comunes que permiten vivir a la mayoría de la gente: “Rebelarse contra errores cómodos es darles demasiada importancia. Nunca se iluminará a la humanidad ofendiéndola; y aún en el caso de que por fuerza o por azar se consiga hacerla reconocer la verdad, nada se ganaría a la postre, porque en sus cabezas los dogmas exactos inculcados se convertirían de seguida en nuevas fábulas”. En lo referente a las cuestiones éticas, de lo que se trata es de recomendar una estrategia de vida orientada por la prudencia, para lo cual sobran los aspavientos intimidatorios: “Nunca es importuno pensar y actuar con inteligencia, y no hay por que dar el histérico nombre de Deber o de Autosacrificio a lo que es simplemente un arte feliz y un compromiso racional”.

¿Un punto de vista tan apacible y risueño no resulta un poco demasiado bonachón, casi hasta lo decepcionante? Sería injusto darlo a suponer. El spinozismo básico de Santayana se subleva de vez en cuando con demandas que van más allá del racionalismo barroco del gran maestro judío: “Amar las cosas espiritualmente, es decir de una manera inteligente y desinteresada, significa amar el amor en ellas, adorar el bien por ellas perseguido y verlas todas proféticamente en su belleza latente. Amar las cosas tal y como son, sería una mofa. Un amante auténtico debe amarlas tal y como ellas hubieran querido ser”. Y de vez en cuando se le escapa una especie de suspiro, tanto más alarmante cuanto que se enmarca en un contexto donde no abundan las concesiones a la denuncia ni a la queja. Por ejemplo esta observación escalofriante con la que concluye una breve reflexión sobre el autosacrificio: “No hay ciempiés más horrible que la vida como tal”. Sin embargo, permaneció spinozista en su preferencia de la risa frente al llanto, pues “cuando la risa es humilde y no está basada en la autosatisfacción, siempre es más sabia que las lágrimas”. Desde luego los aficionados a lo absoluto no encontraran demasiado pábulo para su exaltación en obras que siempre los

tratan con amistosa ironía: las dos piezas literarias más importantes de Santayana su drama poético *Lucifer* y su magnífica novela *El último puritano* describen precisamente el fracaso de quienes pretenden aplicar con total pureza ideales que no se corresponden a la espontaneidad mestiza de la existencia. Este talante anti-absolutista, entreverado a veces de un fatalismo naturalista de índole conservadora, lo aplicó al final de su vida Santayana al terreno político en su amplio ensayo *Dominaciones y potestades*, una reflexión sobre la estructura del poder algo fallida como conjunto pero llena de análisis de una profundidad infrecuente entre la filosofía política contemporánea. Sus objeciones al liberalismo pueden resultar algo adustas y, acompañadas de complacencias reticentes con Mussolini o Franco, poco simpáticas: pero desde luego no son fáciles de refutar ni desechables.

Supongo que mi acercamiento positivo a Santayana se debió a lo primero que por azar leí de él, como suele ocurrir. En la exaltante época de finales de los sesenta, entre algaradas estudiantiles y en la plenitud de mi entusiasmo por Cioran, leí en *Revista de Occidente* un poema de Santayana que me emocionó hasta lo indecible: *Cape Cod*. Sigo teniéndole por el mejor de los suyos:

La baja y arenosa playa y el pino enano,
la bahía y la larga línea del horizonte.
¡Qué lejos yo de casa!
La sal y el olor de sal del aire del océano
y las redondas piedras que pule la marea.
¿Cuándo arribará el barco?
Los vestigios quemados, rotos, carbonizados,
y la profunda huella dejada por la rueda.
¿Por qué es tan viejo el mundo?
Las olas cabrilleantes y el cielo inmenso y gris
surcado por las lentas gaviotas y los cuervos.
¿Dónde todos los muertos?
El delicado sauce doblado hacia el fangal,
el gran casco podrido y los flotantes troncos.
¡La vida trae la pena!
Y entre pinos oscuros y por la orilla lisa
el viento fustigando. El viento, ¡siempre el viento!
¿Qué será de nosotros?¹

Después conseguí sus *Diálogos en el limbo*, a los que pertenecen la mayoría de las citas de esta nota, y los devoré una y otra vez durante los primeros meses de mi servicio militar en el campamento de Alcalá de Henares. Me recuerdo durante alguna guardia nocturna, a la puerta de la gran sala rumorosa y olorosa donde roncaba la compañía, alternando bajo la mala luz de una lampari-

lla las páginas de Santayana con los versos del poeta checo Vladimir Holan, de su *Una noche con Hamlet*. Y pensando para consolarme que “vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático...”. Mi amistad por la personalidad de Santayana aumentó luego, aunque *Los reinos del ser* y algunos otros de sus grandes libros me resultaron insufriblemente aburridos: pero me agradaba que él no hubiera querido ser profesor, ni siquiera un filósofo en el sentido “oficial” del termino, sino nada más que un estudiante bohemio, viviendo de prestado en casa de amigos pudientes y observando la vida ajena con una medio sonrisa de entendido. ¿Cómo no apreciar a alguien que dijo: “el aire libre es también una forma de arquitectura”? Si hubiera que trazar lo mejor de su perfil en un folleto turístico para aficionados a la filosofía, yo emplearía las palabras de Noel O'Sullivan: “Santayana construyó su filosofía de la modestia, debemos recordarlo, sin ninguno de los exóticos desvaríos habitualmente empleados por quienes han buscado una posible alternativa al temperamento predominantemente melancólico de la modernidad occidental: es decir que no apela a ningún Superhombre, ni recae en la fe, ni se abisma en una búsqueda de la autenticidad, ni efectúa encuentros existenciales o preconiza una mística búsqueda del Ser, sino que se contenta con un riguroso escepticismo, por un lado y por otro con una combinación de naturalismo, humor, piedad, cortesía y desprendimiento”. Si alguien solicita mi opinión le diré que no conozco mejor cóctel intelectual.

NOTAS

¹ Traducción de José María Alonso Gamo.